

es la táctica que emplea el demonio, su modo de obrar.

Desde luego, hay que decir que el demonio no puede obrar *directamente* sobre nuestras facultades superiores, la inteligencia y la voluntad, pues Dios Nuestro Señor se ha reservado ese santuario para Sí mismo; sólo Dios puede penetrar en el interior de nuestra alma y mover los resortes de nuestra voluntad, sin hacernos violencia: *Deus solus animæ illabitur*, dicen los teólogos.

Pero puede el demonio obrar directamente sobre el cuerpo, sobre los sentidos exteriores e interiores, en particular la imaginación y la memoria, como también sobre las pasiones que residen en el apetito sensitivo; y de ese modo obra *indirectamente* sobre la voluntad, que por los diversos movimientos de la sensibilidad es solicitada para que dé el consentimiento. Sin embargo, como dice Santo Tomás, «la voluntad queda siempre libre para consentir o resistir a los movimientos pasionales» (11).

Por lo demás, aun cuando sea grande el poder del demonio sobre nuestras facultades sensitivas y sobre el cuerpo, ese poder es *limitado por Dios*, que no le permitirá tentarnos más allá de nuestras fuerzas, según afirma San Pablo (12); y asegura el mismo apóstol que si procuramos en todas las circunstancias cubrirnos y defendernos con el escudo de la fe, llegaremos a ser invulnerables (13). De manera que quien se apoya en Dios con fe, humildad y confianza puede estar seguro de salir vencedor, sin recibir daño del infernal enemigo, pues como dice de él San Agustín, en frase genial, es a semejanza de un perro atado con fuertes cadenas a la puerta de casa, el cual «puede ladrar, puede embestir, pero de ningún modo morder sino al que quiera dejarse morder: *latrare potest, sollicitare potest mordere omnino non potest nisi volentem*» (14).

La experiencia enseña que los espíritus orgullosos, los caracteres rígidos, duros con el prójimo, parece que atraen hacia sí y como que

se prestan a dar cabida en sí mismos, por una especie de afinidad, al enemigo infernal, mientras que éste se aleja y siente horror y espanto de todo lo que es humildad, condescendencia razonable, bondad y dulzura. De ahí la ventaja que tienen, la dicha y felicidad que disfrutaban las almas bondadosas y humildes, los que imitan la dulzura y humildad de la Virgen Santísima, que venció siempre al orgulloso dragón y pudo cantar en el *Magnificat*, alabando a Dios: *Dispersit superbos mente cordis sui. Deposuit potentes de sede, et exaltavit humiles* (15). De igual manera, la pobreza de espíritu, la abnegación, despojándonos de todo, y aun de nosotros mismos, hace que no tenga el demonio por dónde cogernos y echarnos su monstruosa garra.

La atmósfera de que se rodea el demonio, la que le precede y le sigue, suele ser una mezcla de turbación, de melancolía, de tinieblas (él es el *príncipe de las tinieblas*). Diríase que vive en la más profunda tristeza; porque la alegría sobrenatural, la paz y serenidad del alma, le hacen huir, como huyen las aves nocturnas al aparecer la primera claridad del sol naciente. Agrádale todo lo que sea violento, complácese en los extremos y los excesos tienen su preferencia. El conocido axioma de la moral cristiana *In medio stat virtus* (la virtud consiste en un justo medio) es enteramente opuesto a la táctica del demonio; la moderación o prudente medida en el obrar y disponer las cosas, eso que los antiguos llamaban *discreción*, que San Benito considera «madre de las virtudes» (16), desconcierta sus planes y maquinaciones; en este sentido hallamos con frecuencia en las Sagradas Escrituras que se nos recomienda la virtud de sobriedad.

Hace todo lo posible el demonio por romper el equilibrio en nuestra naturaleza, que es un compuesto de cuerpo y alma, pero creado por Dios en un orden de maravillosa armonía; porque sabe muy bien que, una vez conseguido el desequilibrio y el desorden, puede intentar el combate con más probabilidad de éxito. Y, a